

teología natural. Es de destacar el ensayo del jesuita W. N. Clarke, quien, desde la tradición tomista, expone una reconstrucción de los argumentos a favor de la existencia de Dios. Para B. L. Clarke —que sigue la línea de Whitehead, aunque con interpretación divergente a la realizada por los filósofos del proceso— el objeto de la teología natural sería proporcionar una descripción definida como respuesta a la pregunta «¿Quién es Dios?». N. Smart propone realizar una teología natural que sea sensible a la existencia de diversas visiones del mundo existentes y que, por otra parte, evite el relativismo. El editor del volumen, Long, intenta una aproximación empírica a la existencia de Dios. En el ensayo final, L. Dupré sostiene la necesidad de un acercamiento a la teología natural que esté liberado de las limitaciones impuestas por el racionalismo moderno. Se centra para ello, en el problema del mal, que es, según Dupré, un misterio trascendente, irreductible a un simple problema lógico.

La breve enumeración de filósofos y temas que hemos realizado es suficiente para darse cuenta de la importancia y valor de este volumen, especialmente para quienes no hayan renunciado a la reflexión racional sobre la existencia y naturaleza de Dios.

F. Conesa

James F. HARRIS (ed.), *Logic, God and Metaphysics*, Kluwer Academic Publishers («Studies in Philosophy and Religion», 15), Dordrecht 1992, IX + 151 pp., 16,5 x 24,5.

La reacción que en el ámbito de la filosofía angloamericana se produjo frente al positivismo lógico del Círculo

de Viena siguió diversos caminos. La primera reacción provino de la filosofía analítica, que opuso al principio verificacionista una concepción más flexible del significado y extendió un modo de filosofar atento primordialmente al análisis conceptual. Un camino distinto es el que siguieron autores como A. N. Whitehead (1861-1947) y N. Goodman, que, aun estando interesados por el análisis, entendieron que los problemas de la filosofía eran primordialmente metafísicos. Es especialmente importante la obra «Process and Reality» (1929), de Whitehead, que ha dado lugar a un pensamiento metafísico, la llamada *filosofía del proceso*.

La obra que presentamos tiene por objeto estudiar y exponer el pensamiento de Whitehead y es fruto de diversas colaboraciones presentadas en homenaje al profesor emérito de filosofía de la universidad de Georgia, Bowman L. Clarke. Este filósofo es conocido tanto por sus investigaciones sobre el lenguaje y la teología natural, como por sus contribuciones a la interpretación de Whitehead y al cálculo de individuales.

El Profesor Clarke ha realizado en sus escritos una interpretación de Whitehead diversa de la «oficial», representada por Charles Hartshorne, con el cual estudió. Para este último autor —así como para la filosofía del proceso— la divinidad sería según Whitehead un conjunto de entidades actuales en continua génesis (concrecencia) y cambio (transición). B. L. Clarke, por su parte, es el principal representante de la interpretación según la cual Dios es para Whitehead un ser singular, eterno, intemporal y actual.

La colección se abre con un artículo de Hartshorne en el que sostiene que la experiencia de Dios es primariamente estética. Los artículos siguientes critican la interpretación de Hartshorne y desarrollan la visión de Clarke. Así lo reali-

za L. S. Ford en una interesante contribución que tiene por título «¿Puede el Dios de Whitehead ser rescatado del teísmo del proceso?». En la misma línea se mueve el artículo de R. B. Edwards acerca de Dios y el proceso. Otros artículos estudian temas particulares de la teología natural de Whitehead, como el de W. Power acerca de la perfección divina o el de J. Harris —editor del volumen— sobre la eternidad de Dios, en el que critica la asunción que hizo Tomás de Aquino del motor inmóvil aristotélico.

Los últimos artículos se centran en los estudios lógicos de Clarke. Dunlap se ocupa de la versión modal del argumento ontológico defendida por Hartshorne y el intento de formalización lógica propuesto por Clarke. L. Chiara-viglio y L. Factor, en sus respectivos ensayos, afrontan la contribución de Clarke al cálculo de individuales. El volumen termina con un artículo de Clarke, en el que responde a los problemas planteados en los anteriores estudios.

En esta obra, que resulta interesante en su conjunto, podemos encontrar un testimonio de la reciente atención prestada por los filósofos angloamericanos al planteamiento metafísico de los problemas filosóficos y también una prueba de la actualidad que está cobrando —tras años de olvido— el pensamiento de Whitehead.

No obstante, hay que reconocer que la concepción de Dios que sostiene la interpretación más extendida de la filosofía de Whitehead no es compatible con la visión cristiana de Dios, ya que modifica algunos atributos divinos, como la inmutabilidad y la omnipotencia. En efecto, para la filosofía del proceso Dios tiene dos naturalezas: la naturaleza primordial y la naturaleza consiguiente. La naturaleza consiguiente cambia según sea la respuesta que las criaturas dan a lo que acontece, con lo que se

puede decir que Dios cambia o está en proceso. Por otra parte, para estos filósofos ni Dios tiene el monopolio del poder ni su poder es infinito. Dios no puede ejercer un poder coercitivo sobre las criaturas, sino sólo persuasivo. Evidentemente esta modificación de los atributos divinos no es aceptable para el cristiano, aunque algunos teólogos protestantes (David Griffin, Shubert Ogden y Lewis Ford) la hayan usado en sus reflexiones.

F. Conesa

Rudolf Michael SCHMITZ, *Dogma und Praxis*, («Studi tomistici», 51), Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1993, 130 pp., 117 x 24.

El pensamiento de E. Le Roy sobre el dogma ha sido en los últimos años objeto del interés de algunos teólogos. Recuérdese, por ejemplo, la monografía de G. Mansini. En esta misma línea de interés, aunque con una interpretación muy diferente de la del autor últimamente citado, se sitúa la obra de R. M. Schmitz, que recoge su tesis de licenciatura en la Universidad Gregoriana.

El libro contiene cinco capítulos. El primero es de carácter biográfico, y en él, entre otros aspectos de la vida de Le Roy, el autor insiste en su formación bergsoniana, así como en su carácter profundamente religioso. En el segundo capítulo, se abordan las fuentes del pensamiento de Le Roy para concluir que le era ajeno cualquier influjo de los pragmatistas anglosajones, y que la prácticamente única fuente de su pensamiento fue la filosofía de Bergson. Schmitz dedica el capítulo siguiente a la relación de Le Roy con el modernismo, cuestión sobre la que muestra su opinión de que Le Roy era claramente un